

Una brisa triste por los olivos

Ingrid Pérez Tangassi

*Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.*

*Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.*

“Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, Federico García Lorca

Mi reciente embarazo ha dificultado un poco mi disposición a la escritura; los malestares físicos, el cansancio y, sobre todo, la dispersión de pensamientos y la sensación de tener la ca-

beza llena de humo han sido un reto para escribir estas líneas. Sin embargo, pensar en la próxima existencia de un nuevo ser ha encauzado mis pensamientos hacia una reflexión distinta. Entonces, rumiando ideas y recuerdos sobre mi abuelo, me detengo a pensar en cómo los seres humanos transmitimos la cultura y las creencias que van tejiendo distintas formas de vivir.

*

Dan las cuatro de la tarde. Él sonríe. Su pantalón de siempre (durante años usó la misma marca, talla y casi los mismos colores), su guayabera blanca, un puro en el bolsillo de la guayabera, a la altura del pecho; en el mismo bolsillo, los cuatro boletos sujetos por un clip; una boina de paño y una mirada expectante. “Ya es hora de irnos”, dijo.

Siempre nos salíamos de casa una hora antes de que iniciara la corrida, que casi siempre iniciaba a las cinco de la tarde. Regularmente, estábamos sentados en nuestros lugares media hora antes de que iniciara la corrida. Recuerdo que sentía un poco de fastidio por llegar tan temprano, pero ahora lo entiendo mejor. Creo que le gustaba ver cómo se iba llenando la plaza poco a poco, ir midiendo la entrada de la tarde y, con eso, adivinar el talante de la fiesta del día. Una vez en la plaza, le gustaba saludar y le gustaba la gente. Todo para él era un ritual en días de toros. “Todo, en los toros, son ritos”, decía.

Recuerdo sobre todo la luz de esas tardes. Entrábamos al palco y mirábamos la mitad de la plaza bañada de sol, aún vacía, que nos deslumbraba con su blancura inmaculada y que, pausadamente, se iba manchando con los colores de la gente. Evoco también los olores. Primero el de la arena, recién removida para la ocasión y a veces con un toque húmedo cuando la habían mojado unos minutos antes; el de la cal, haciendo arder la garganta cada vez que había que redibujar las líneas del tercio; el aroma de los claveles rojos, que hace años

comprábamos en la puerta de la plaza para premiar faenas bienaventuradas; más adentrada la tarde, el olor a toro, a estiércol, a sangre. Pero mi aroma favorito era el humo del puro, específicamente el que se fumaba mi abuelo de vez en cuando y que se mezclaba con todos esos otros olores.

Así fue como me acercó a los toros.

Así fue como nos acercó a todos a tantos mundos.

*

Entretejiendo los recuerdos que tengo de él y de los toros, no puedo dejar tampoco de evocarlos en un museo o caminando en la universidad, leyendo en su biblioteca, hurgando en un montón de mundos que nos hemos construido los seres humanos. Él habitó muchos de esos mundos. De todos esos lugares de su interés se hizo vecino, y regó sus tierras y plantó semillas y cosechó frutos. Era una de esas personas raras que se interesaba genuinamente por el conocimiento y por la cultura, y, además, disfrutaba acercarse a las personas a las diferentes disciplinas de sus cariños. No le bastó con ganar su cosecha y tener sus huertos bien llenitos de frutos, sino que nos regaló semillas para que cada uno de nosotros escogiéramos nuestros gustos y pudiéramos también plantar y cuidar y cosechar. Por eso, al evocar esos días soleados y olorosos, luminosos en su compañía, y pensando también en nuevos seres, es que recuerdo mucho el amor que se necesita para transmitir lo que sabemos.

*

Evoco con mucha ternura haber estado sentada en sus piernas, a su vez posadas sobre una butaca de la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes. Él estaba serio, absorto, casi enajenado, mientras observaba con detenimiento una faena que consideraba interesante. Se detenía a explicarme con pocas palabras, siempre cariñosas, lo que sucedía en el ruedo.

Su seriedad o sus palabras se interrumpían de vez en cuando por un “olé” que escapaba de su boca con una voz cantarina, de volumen moderado, pero fuertemente emocionada, acompañada de una mirada alegre y sagaz que no se perdía ni un segundo de lo que sucedía en el ruedo. No se perdía ni un segundo de la vida.

Para él, la Fiesta Brava era una experiencia catártica que, a la vez, lo llevaba a otros tiempos y lo situaba en el momento justo de su presente. Encontraba, la Fiesta, llena de simbolismos y elementos sacros que le daban sentido a su existencia. Insistía, con mucha frecuencia, en no perder *el sentido de lo sagrado*. Decía que si una sociedad lo perdía, lo perdía todo. Para él, ese sentido tenía que ver con “el deber de respeto [...] que permita que todos podamos ser justos y libres...”¹ Esa idea la llevaba a muchos ámbitos de su vida: a su espiritualidad; a su profesión como médico, como docente; a la manera en que tenía de servir a su sociedad y a las personas que lo rodeaban, pero también a sus gustos: al arte, a la música, a la filosofía y, por supuesto, a los toros.

Para él, pararse en un museo frente a un cuadro de Rembrandt tenía un sentido sagrado e implicaba un ritual personal; de cada experiencia, obtenía una reflexión y sentía el deber de compartirla, de acercar a los demás a la reflexión y admirar el mundo. Escucharlo tocar una guitarra y cantar, recitar unos versos, verlo garabateando caricaturas o pintando acuarelas con la luz de la mañana, mirarlo en silencio mientras leía poesía, acompañarlo mientras admiraba la arquitectura de algún edificio interesante, contemplarlo sentado en su palco aplaudiendo una faena bien hecha; al ser testigo de todo ello, sabía que él lo estaba viviendo con un profundo sentido de lo sagrado.

1 Alfonso Pérez Romo, en entrevista para *Líder Empresarial* (15 de agosto de 2022): <https://rb.gy/3hzn73> (sitio consultado, por última ocasión, el 29 de mayo de 2024).

*

Con curiosidad de niño, usó buena parte de su vida en la eterna búsqueda de lo bello. Nunca dejó de buscar. Nunca dejó de encontrar.

*

Podemos estar o no estar de acuerdo con la Fiesta Brava. Se trata de una vigencia social, cuyo desenlace me parece aún incierto. Yo misma confieso que mi postura se asemeja a una plaza de toros a la hora exacta en que la mitad de las butacas se encuentran bañadas de luz, en contraste con la otra mitad, inmersa en la sombra. Confieso que me encuentro en ese lugar indefinido y que no he sido capaz, a estas alturas de mi vida, de disipar mis dudas y adoptar una posición firme al respecto. Hay muchas tradiciones familiares y muchos amores que ligan mi corazón con lo taurino y, en contraste, hay muchas inquietudes, preguntas y dilemas que me alejan de ella.

Mi abuelo y yo tuvimos muchas charlas de sobremesa y pasamos tardes maravillosas en su biblioteca hablando al respecto. Yo le expresaba mis inquietudes, mis dilemas éticos, las tristezas que me evocaban las partes más álgidas de esa tradición; y lo opuesto, es decir, la parte alegre y festiva que la caracteriza. Hablábamos sobre los toros, sobre el animal, su dignidad, los dolores que seguramente sentían, pero también sobre su bravura y elegancia, sobre la subsistencia de su especie, sobre el verdadero duelo vital que debería vivirse en el ruedo. Hablaba con tristeza y nostalgia sobre la decadencia de la Fiesta, sobre los cambios y evoluciones de otras muchas cosas. Me hablaba sobre la similitud que tenían los toros con la vida, con lo hermosa y terrible que es a la vez.

*

Tengo una segunda confesión, mucho más relevante: al pensar en mi abuelo, me remito a una plaza en pleno medio día: brillante, blanca, sin sombra. No es que la realidad haya sido

totalmente de esa manera, pero, en mis recuerdos, él es casi todo luz. Ciertamente, como cualquiera, tenía sus ambivalencias. La Fiesta de los Toros también las tiene: un traje de luces ensangrentado; una bestia orgullosa y elegante en los umbrales de la muerte; un clavel rojo solitario en la arena; un joven alegre con la derrota en la mirada en una tarde sin suerte. Pero, lejos de dilemas éticos y de precisiones para encasillar una tradición en las butacas de sol o de sombra, me parece importante destacar un par de ideas. La primera: es innegable que no podemos conocer, a cabalidad, la cultura hispanoamericana sin tomar en cuenta sus tradiciones más arraigadas, entre las que se encuentra, nos guste o no, la historia del toreo. Se trata de una tradición que ha evolucionado desde la antigüedad, llegando hasta nuestros días como la conocemos hoy, y que, con toda seguridad, continuará en constante cambio (ya se verá con qué cauce); la segunda: reiterar que mi abuelo tenía un gran amor por la cultura, por las artes, por el conocimiento y la enseñanza, y no se limitó a ser espectador, sino que analizaba con pasión y con rigor analítico lo que pasaba dentro y fuera del ruedo, los caminos que iba tomando la Fiesta del Toreo y los tantos porqués de esos gustos que le eran tan entrañables.

Mi abuelo fue hijo de su tiempo y de su cultura, e incorporó la expresión artística, en todas sus formas, colores y melodías, a la esencia misma de su ser. No se puede hablar de Alfonso Pérez Romo sin reconocer sus intereses culturales ni la forma en que nos los transmitía, reflexionando, invariablemente, sobre la condición humana frente a la vida.

Para incluirnos en su gusto por el toreo, jamás sentí que impusiera una creencia o un gusto; se limitaba a mostrar, con franqueza, su interés genuino por la Fiesta y a invitarnos a acompañarlo en esos quererres. Sentado en la primera fila del palco número ocho, con los ojos clavados en las figuras danzantes sobre el ruedo, su mirada inteligente evaluando si lo que ahí sucedía tenía la calidad necesaria, invitaba sin pala-

bras a aprender de él. Observaba con la misma seriedad con la que juega un niño pequeño. Hacía pausas para explicar a los demás lo que sucedía en el ruedo y por qué era importante. Siempre recibí explicaciones emocionadas sobre qué era un capote y qué una muleta; cómo era un toro bravo y cómo uno manso y malo; qué nos querían decir los sonidos que alegraban las tardes y repartían premios o reprimendas, y cómo un torero mostraba elegancia y valor, lejos de la bravuconería.

*

El 13 de octubre de 2022, 11 días antes del día de su muerte, sufrió un infarto en mi presencia. Esa noche compartí con él momentos de angustia y dolor mientras llegábamos al hospital. Fue atendido y sobrevivió a esa primera embestida. Algunas horas después de haber sido intervenido, me saludó alegre en su cama de sanatorio: “¡Hijita!”, me dijo con una alegría y un gusto especial que guardo en mi memoria como un tesoro. Y agregó: “Yo creo que pronto me dan de alta, el sábado es la plática en la universidad y yo creo que sí voy a poder ir... y fíjate que quiero que me pidas un libro”.

Dos días antes de fallecer, el 22 de octubre de 2022, fue a la universidad a escuchar la plática de Helikón; se despidió, contento, de las personas que fueron tan queridas para él en ese espacio. Horas más tarde, le hicieron un reconocimiento por su trayectoria taurina en la Cava Domecq, en compañía de su familia y amigos taurinos. Al terminar la comida, caminamos todos juntos hacia la plaza de toros, como si fuera una premonición y lo cargáramos en hombros por la plaza de la vida. Disfrutó de su última tarde de toros por todo lo alto y llegó a casa cansado y satisfecho por el día. Al día siguiente, se quedó en casa descansando, leyendo sus libros en su biblioteca, en su casa; contemplando la fuente del patio y reflexionando en soledad el ajeteo y regocijo del día anterior. Murió al día siguiente.

A las cinco de la tarde.

¡Ay qué terribles cinco de la tarde!

¡Eran las cinco en todos los relojes!

¡Eran las cinco en sombra de la tarde!²

Eran las dos de la tarde en todos los relojes del día 24 de octubre de 2022. Todos los 24 de octubre, para mí, siempre son las dos de la tarde.

En una de sus últimas entrevistas, dijo: “Toda la humanidad ha hecho la lucha de que vivamos para siempre... ¿cómo vamos a vivir siempre? Querer prolongarlo indefinidamente a mí me parece una falta de sentido de lo que es la vida”. Todo fue vida, mucha vida. Eran las dos, en luz, de la tarde, y lloramos todos, lloramos porque vivió.

2 Federico García Lorca, “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, en *Poesía completa*. Galaxia Gutenberg, 2019, p. 570.